Año V. Toledo 2 de Mayo de 1908. Núm. 225

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIÁSTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo. D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los sábados.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.°, dcha.

Suscripción.

Un año..... 3,00 pesetas.
Número suelto..... 0,10 »
Idem atrasado..... 0,15 »

Pago adelantado.

El Centenario de los Sitios y la Iglesia.

El día 2 de Mayo se cumple el primer centenario de la gloriosa epopeya de la Independencia española.

En ese día memorable, España entera se propone celebrar con entusiasmo patriótico y religiosa alegría, las históricas jornadas de Madrid y Zaragoza, Bailén y Talavera, y rendir el homenaje justo de la gratitud á las innumerables víctimas que sucumbieron en aquellos valientes sitios por su fe y por la libertad. Eterno reconocimiento y veneración singular merecen de nuestra patria aquellos mártires de la lealtad, que colocaron su nombre en un lugar preeminente, añadieron un nuevo florón á la corona de España, y dieron alto ejemplo de santa valentía á una nación que, con orgullo arrogante, pretendió arrancar del ibero suelo la religión y su independencia, augustos timbres de su amor patrio.

Esos monumentos de honor que se levantan en el referido día al pueblo español, no han de ser del agrado y benevolencia de Francia; aunque no por esto se enfríen nuestras amistosas relaciones diplomáticas y se quebranten lo más mínimo los justos límites de la cortesía oficial.

Pero ¡ah!; esa Francia que hoy debe humillarse ante los mausoleos, cubiertos de rosas, de nuestros campeones del año ocho, no debe olvidar que el influjo de los enciclopedistas y la mayoría de los filósofos franceses, impulsados por el sensualismo británico, habían herido el sentimiento católico de España, y para consumar su obra de propaganda atea y masónica proclamaron emperador al soldado afortunado Napoleón I, que en Italia había vencido el poder del Austria, humillando á la vieja Europa. Con este genio de ambición se consolida el deseo de aquellos incendiarios de la *Commune* de arrancar de nuestro suelo la fe católica, y convertir á este laborioso pueblo en colonia de recreo francés y en estación de carbón para las escuadras del Mediterráneo.

Por eso, la guerra de la Independencia fué una guerra enteramente religiosa; es decir, que aquellos populares movimientos, alimentados del entusiasmo más puro, lanzaron una protesta general contra las coaliciones formidables de aquel pueblo descreído, sensual y ateo, que en la persona de su Átila napoleónico, penetró en el jardín de los mártires que su gloria consiste en morir ó vencer á su enemigo. La Iglesia hizo frente á las tropas invasoras, y sus predicaciones no hicieron nada más que unir al soldado con el sacerdote, al artista con el labrador, á la mujer con el hombre, al viejo con el niño, y todos, en compacta y disciplinada confusión, convirtieron sus pechos en murallas, sus Iglesias en castillos, sus calles en campos catalaúnicos y sus casas en parques. La Iglesia tuvo lá mayor parte en las victorias, y hoy debe tomar la mayor parte en los agasajos que á los muertos se le deben. No es nueva esta conducta, seguida por la Iglesia, en la defensa de los pueblos.

En los diversos periodos de la reconquista española, la Iglesia dió alto ejemplo de su patriotismo. Cuando aquel puñado de hombres capitaneados por Pelayo, bajaron de las montañas asturianas á hacer frente á los árabes, lo primero que hicieron fué levantar un altar á la Santísima Virgen en las peladas crestas de Covadonga, y esculpiendo en su bandera la palabra *fe*, arremetieron á las huestes agarenas. Cuando este coloso africano invadía los centros de las risueñas mesas castellanas, de la Imperial Toledo se levanta un caudillo, el Arzobispo de ella D. Rodrigo, que coaligado con los Reyes de Aragón y de Castilla, se presenta en Alarcos y vence á los soldados de la Media Luna para reducirlos á polvo en las Navas de Tolosa. Cuando la influencia del Califato no dejaba libertad en su culto y oprimía á los españoles, que querían su altar y su sacerdote católico, aquellos sacerdotes recabaron para su patria los privilegios que quisieron de los muslines y pasaron con el nombre de muzárabes; pero conservaron su fe.

Cuando el imperio turco quiso manchar el suelo de Europa con las huellas del Corán, la Iglesia, en la persona de su Pontífice Pío V, predica aquella santa cruzada que aplastó al poder de Soliman y de Selim. En fin, cuando Daoiz y Velarde se pusieron al frente de los aguerridos defensores de Madrid, sin órdenes de sus Generales, es porque en su pecho ardía la llama de la fe, é impulsados por el populacho, detuvieron á sus Reyes, que engañados, salían para Bayona, después de inconvenientes abdicaciones. En aquellas sangrientas jornadas se vió al Sacerdote con la Cruz y con la espada; al militar confundido en la pelea con el paciente labrador que abandonó su manea para tomar el fulminante; a la mujer española y cristiana alentando á sus hijos á la muerte, y á las heroínas aragonesas al pie del cañón.

El contacto más ó menos prolongado de los ejércitos del Emperador de los franceses con las masas netamente católicas de España, no produjo el efecto antirreligioso y disolvente que la *masonería francesa* se proponía; antes por el contrario, se avivó con mayor entusiasmo el antagonismo natural que al ateismo francés se le tenía; de suerte, que el napoleísmo se hizo más repulsivo, sobre todo en las comarcas agrícolas y rurales, por sus amaños, por sus desafueros y atropellos; tanto más, cuanto se vieron perseguidas sus creencias religiosas, robados y saqueados sus templos y violados los claustros de las hijas del Señor.

La Europa contempló asombrada los acontecimientos de España, y vió como un sueño abatirse el levantado vuelo de las águilas imperiales por el heroísmo de aquel puñado de valientes, sin más instrucción que su fe religiosa, sin armamento, acaudillados por temerarios guerrilleros que se lanzaban ciegos al combate en grupos irregulares, sin orden ni disciplina, con el nombre de *Somatenes*.

¿Como comprender que aquellos bravos soldados y aguerridos capitanes de las Pirámides, de Austerlitz y de Jena depusieran en España sus águilas vencedoras en los campos de Bailén bajo los muros de Gerona y Zaragoza y en las risueñas campiñas de Talavera de la Reina?

¡Gloria á los mártires de la lealtad y de la Independencia española!

¡Honor á aquellos que defendieron las tradiciones españolas, peleando contra el enemigo de su fe!

En medio de las alegrías nacionales que vuestro tiempo produjo, y de los santos recuerdos que en el primer centenario se dedican á vuestra excelsa memoria, la Iglesia amante de sus hijos y de sus glorias patrias os dedica el mejor testimonio de veneración y respeto y la hermosa corona de sus oraciones para vuestras almas.

Vosotros sois hoy los que dáis pruebas mudas, pero elocuentes, de la fe católica de España en aquellos no lejanos tiempos, y censuráis hoy la indiferencia y egoísmo repugnante que enerva y mata toda gloria nacional.

En vuestras muertes heroicas se apoya la Iglesia para lanzar siempre sobre los enemigos de España el dictado severo, pero justo, de españoles descreídos, españoles sin fe, españoles que no tienen más idea de religión y de patria que su vientre.

Recibid los homenajes de gratitud que la Iglesia toledana os consagra en persona de su digno Arzobispo; y si en el cielo os preguntan vuestros compañeros mártires de la fe en dónde reina mayor esplendor en la tierra con motivo de su muerte santa, decidles que en la Imperial Ciudad de Toledo; porque se levanta de su Trono la Reina de los Valles para recoger una por una en las calles y en los Templos las oraciones que á vuestra memoria consagran los Sacerdotes de Toledo y los descendientes del Vencedor de las Navas.

Francisco Ramírez.

Á España

en el centenario de la Independencia.

(ODA)

¡Canta, mi musa! .. Que tus cantos suenen
por el valle feraz y la pradera,
y que sus notas vibradoras llenen
la inmensidad de la azulada esfera.
Dame la rica inspiración creadora.
la llama abrasadora
que en tu cerebro de poeta late,
y con voz atrevida, arrolladora,
que entusiasme, cautive y arrebate,
cantaré las victorias, las proezas,
las sublimes grandezas,
pasmo y asombro de la gente extraña,
que son la gloria de mi amada España.
¡Canta, mi musa! Que tu canto, libre,
triunfante, surque el horizonte inmenso,
y que su ritmo sonoroso vibre
desde el prado florido á la montaña,
desde el regio palacio á la cabaña.

—

¡Cien años há! Cantando muerte y guerra
Napoleón, altivo y orgulloso,
su planta puso en la española tierra ..
El inmortal coloso
á la cumbre subió del Pirineo,
á la Iberia tendida en la llanura
contempló con placer, y embelesado
al mirar con amor y con recreo
el bello panorama sorprendente
que, espléndido de mágica hermosura,
á sus pies admiraba dibujado,
agitarse el deseo
sintió violento en su anchurosa frente.
y ciego de ambición y de locura,
de lo grande aturdido en el marco,
por las ansias de gloria trastornado,
frenético, demente,
«¡seré su rey!», clamó con voz potente...
¡Vedle llegar! Sus bélicas legiones
cual aluď de la cumbre desgajado,
como raudo torrente despeñado,
bajan desde el Pirene; sus pendones
flamígeros ondean
cubiertos de laureles y de gloria
desafiando al bendecido cielo,
y sus fuertes ejércitos serpean,
en busca del honor y la victoria,
por las llanuras del hispano suelo...
¡Vedle llegar! El genio poderoso,
el invicto coloso
que fué del mundo el indomable espanto,
viene á turbar la calma y el reposo
tranquilo, dulce y santo
de aquel pueblo grandioso
que en alas de su ardiente patriotismo
luchó con heroísmo
en Otumba, las Navas y Lepanto...
¡Cien años há!.. Y cuando en el suelo Ibero
haciendo ostentación de su arrogancia,
soberbio y altanero,
el atrevido Emperador de Francia
penetró con su séquito guerrero,
y el nervioso trotar de su caballo
resonó en la llanura castellana
y retumbó en la cumbre del Moncayo...,
los hijos de Pelayo,
los nobles hijos de la tierra hispana
sintieron que en su pecho se encendía
la sangre valerosa
que les hizo vencieran en Pavía,
que les hizo llevasen su gloriosa
bandera sacrosanta,
desde do el sol al alba se levanta
hasta do muere al expirar el día...,
y animados de bélico entusiasmo,
el alma varonil de rabia llena
á la lid se lanzaron, miedo y pasmo
sembrando entre las huestes poderosas
del vencedor en Austerlitz y en Jena.
¡Contemplad cómo luchan! .. Ved los leones
con las francesas águilas riñendo,
con sus garras abriendo
sus negros y podridos corazones...
¡Mirad cómo combaten;
cómo el orgullo y la arrogancia abaten
de aquellos aguerridos campeones,
de aquella inmensa arrolladora tropa
que paseó triunfante sus pendones
por la admirada y sorprendida Europa!
¡Ellos son! Los que un día
peleando con arrojo y valentía,
con denuedo incansable, de constancia
dando ejemplo sin par á las naciones,
murieron abrasados de Numancia
dentro de los ciclópeos torreones...
Ellos, los que rasgaron la firmeza
de la soberbia y poderosa Roma,
y ablandaron la indómita fiereza
de los bárbaros hijos de Mahoma.
Ellos, los que atrevidos y valientes
obstáculos no hallaron á su paso
y fueron el terror de extrañas gentes
desde el rosado Oriente hasta el Ocaso...
Los que en el sacro libro de la Historia
de la patria sagrada
escribieron mil páginas de gloria
con el filo acerado de su espada...

—

¡Cien años há!.. Cantando muerte y guerra
Napoleon, aquel loco profundo
que quiso coronarse rey del mundo
y que á toda la tierra
anheló encadenar á su triunfante
carroza, y sujetar á servidumbre
á los pueblos que forman las naciones;
aquel hombre sin par que, delirante,
deseando conquistar la excelsa cumbre
de la inmortalidad, cruzó arrogante,
al frente de sus bélicas legiones,
de Egipto ante las bellas, las hermosas
pirámides grandiosas;
aquél que, majestuoso y soberano,
recorrió con la espada en una mano
las heladas estepas silenciosas
de la Rusia, y el templado suelo
de la Italia risueña..., y por doquiera
tremoló su bandera
sin poder nadie detener su vuelo
de águila altanera
ni á su loca titánica carrera
un dique colocar...; aquel coloso,
el encumbrado Pirineo traspaso,
y de España en el suelo generoso
su firme planta destructora puso,
pretendiendo engarzar en su corona
diamante tan preciado y tan hermoso...
Cuando en el suelo hispano
se oyeron las pisadas del tirano,
el valeroso ibero,
intrépido y guerrero,
á su encuentro salió... Y alta la frente,
el corazón henchido de coraje,
el alma llena de furor hirviente,
se dispuso á luchar contra el valiente,
el atrevido genio de la Francia...
Y... ¡oíd!... Truena el cañón con bronco acento
por la inmensa extensión del firmamento;
al esparcirse, estalla
mortífera metralla,
se escuchan del dolor los hondos gritos
y pueblan los espacios infinitos
los clamores que anuncian la batalla...
Es Madrid, que se lanza con denuedo
á defender la independencia hermosa,
la integridad gloriosa
de la patria feliz de Recaredo...
Es la fiel Zaragoza que animosa
combate con ardor, con heroísmo,
llevada por el santo patriotismo
que anida en su conciencia generosa.
Es Albuera, y Bailén, y Talavera,
Gerona y Arapiles...,
es mi España adorada, toda entera,
que con ansias y alientos varoniles,
detiene en su carrera
á la chusma extranjera
que, lleno el pecho de esperanzas viles,
quiere romper la ibérica bandera
que por los mundos tremoló altanera...
Son Daoiz y Velarde,
Palafox y Agustina,
son los bravos indómitos leones
en cuyas venas abultadas arde
la sangre que se agita y que se anima
cuando el ancho universo se extremece
al bronco retumbar de los cañones...
Es el pueblo español que se enardece
cuando siente el rugir de la metralla;
el pueblo que batalla
con patriótico ardor, con entusiasmo,
que vive en sus gigantes corazones,
de rabia el alma y de coraje llena,
llevando el miedo y el terror y el pasmo
á las fuertes legiones
del triunfador en Waterló y en Jena...
Es mi España, mi patria, que salvara
del cruel Napoleón á las naciones,
y al destrozar sus huestes le indicara
el camino infeliz de Santa Elena...
Son los hijos, los hijos de Pelayo,
los altivos guerreros valerosos,
que al oir en las cumbres del Moncayo
los gritos belicosos
de aquellas tropas que cantando guerra